

España cambia de piel (1954-1964)

Tatiana Pavlovic*

«Toda la vida de Waldo de Mier está relacionada con una honda pasión española, con el afán de salvar a España, de mejorar a España, de hermosear a España, de conseguir una España justa, de trabajar para España, de ver a España, de adivinar España, de cantar España; de criticar lo malo de España; de comer, beber, vivir y dormir con España; de llevar a España en los pulsos y en los pies, en la cabeza, [y] en el corazón.» (Rafael García Serrano, *España cambia de piel*)

Este encomio tan grandilocuente como improbable, escrito por Rafael García Serrano para el prefacio del libro de Waldo de Mier *España cambia de piel* (1954, 1964), puede en realidad tomarse literalmente: rara vez se ve una simbiosis o una asimilación tan completa entre la vida de un individuo y la narrativa política de una nación como fue su caso¹. Nacido en México de padres emigrantes de Santander, Waldo de Mier «regresó» a España en los 1920s. Accedió a la madurez en esos tumultuosos años, en Toledo, antes de alistarse en la Legión. Luego se trasladó a Santander, donde trabajó como funcionario en la Jefatura de Minas. Tras el levantamiento de los militares, se alistó en el ejército nacional. Peleó a lo largo y ancho del país y fue teniente segundo de infantería en la famosa (o infame) ofensiva de Aragón. Durante la avanzada de su batallón hacia el paso de Guadalupe perdió una pierna en combate. Como siguiendo un guión, se casó con la enfermera que lo había cuidado. El romance unió los prototipos, masculino y femenino, de esos

* Tulane University.

1 A W. DE MIER le cautivó tanto su metáfora que, diez años después, vuelve a los lugares descritos en su primer libro, *España cambia de piel* (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1954) y le da a su nuevo libro el mismo título, *España cambia de piel* (Editora Nacional, Madrid, 1964), subtítulo *Nuevo viaje por la «España del milagro»*. A partir de aquí citaré las dos versiones como *España cambia de piel I* y *España cambia de piel II*.

tiempos violentos: *la enfermera y el oficial herido*. Escribiendo con el mismo vigor con el que había luchado, el campo de batalla se convirtió en las páginas de los diarios *Alerta*, *El Alcázar*, *Baleares y Arriba*².

La vida de Waldo de Mier se fusionó tanto con la trayectoria de España, el país con el que bebió, vivió y se acostó figurativamente, que García Serrano lo proclamaría *pentaespañol* ya que «ser español de Méjico es como ser español dos veces [...] [y también por] su condición de mutilado de guerra y de voluntario en la Legión y alférez provisional en sus Banderas».³ El prólogo de García Serrano a *España cambia de piel* es en realidad un testimonio a su camaradería falangista con Waldo de Mier. El intelectual falangista Laín Entralgo describió el fascismo precisamente como un *estilo* apropiado para «poetas que escriben un vasto poema comunal»⁴. El estilo de García Serrano, como el de varios de sus camaradas, está marcado por una retórica virulenta, que enfatiza el coraje, el honor, la fuerza y el heroísmo y exalta temas de militarismo, patriotismo y nacionalismo: «Yo sirvo en la literatura como serviría en una escuadra. Con la misma intensidad y el mismo objetivo. Cualquier otra cosa me parecería una traición [...]. Nada nos importa pasar por el Mundo sin dejar otra huella que la de las botas de clavos».⁵

En *España cambia de piel* Waldo de Mier reemplaza la retórica falangista de inventar el mundo con botas militares y abraza una retórica del progreso, celebratoria de la entrada de España en la economía europea moderna. Su abandono gradual de la falange y su adopción entusiasta del progreso económico refleja el cambio en la misma España al dejar atrás la retórica de la autarquía y la ideología falangista. Entre muchos miembros de la Falange cundió un creciente descontento por el desarme ideológico de su partido y la domesticación del vocabulario de José Antonio Primo de Rivera, que fue uno de los pilares de la retórica del Franco de la posguerra. El partido estaba siendo reducido a meros símbolos externos y su correspondiente parafernalia. Así, mientras Waldo de Mier se embarcaba en el sendero del progreso «los falangistas radicales retornaron a las raíces de la ideología falangista

2 Ejerció también como asistente de dirección de la Agencia Efe. En 1939 los ejecutivos e inversionistas de la difunta agencia de noticias FABRA fundaron Efe. En 1965 Efe se interesa por Latinoamérica. Un año después de la apertura de su primera oficina en Buenos Aires, Efe había establecido una presencia firme en cada capital latinoamericana (<http://www.efes.com>).

3 *España cambia de piel*, II, p. iv.

4 JO LABANYI, *Myth and History in the Contemporary Spanish Novel*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, pp. 38-39, citado en adelante como *Myth and History*. Como lo han señalado Labanyi y otros críticos, el estilo monumental e histriónico de los Falangistas (observable en García Serrano) puede rastrearse hasta la médula misma de la fundación de la Falange en un teatro de Madrid en 1933.

5 J. RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, *Literatura fascista española*, vol. I, Ediciones Akal, Madrid, 1987, pp. 237, 508.

en los escritores del 98 y Ortega y Gasset para reivindicar la plataforma anticapitalista de su fundador, José Antonio, que según ellos Franco había traicionado».⁶

Mientras que los falangistas descontentos intentaban reclamar su lugar en una España que los había «traicionado», la España autárquica estaba volviéndose tecnocrática, bajo la dirección de Laurano López Rodó (el monárquico catalán y profesor de derecho administrativo), «un miembro profundamente religioso del Opus Dei», modelo mismo de sus valores: «militante, tranquilamente confiado, gran trabajador y eficaz»⁷. La reestructuración del gabinete en febrero de 1957 con la inclusión de los tecnócratas (el nuevo ministro de finanzas, Mariano Navarro Rubio, y el de comercio, Alberto Ullastres Calvo) «fue uno de los grandes cambios de rumbo de la carrera política de Franco. Marcó el comienzo de su transición de político activo a figura simbólica»⁸. Como en el período inmediato de la posguerra, Franco continuó responsabilizando a elementos tanto comunistas como masones por los males económicos de España. El caudillo se estaba volviendo anacrónico aun a los ojos de su propio régimen, que estaba cambiando profundamente, modernizándose y dejándolo atrás. Citando a Preston: «el nombramiento de un nuevo gobierno significaba el abandono de todas las ideas económicas que tan queridas eran al Caudillo [y] el desinhibido abrazo del capitalismo moderno, que a su vez acarrearía una enorme inversión extranjera, la industrialización masiva, amplios movimientos migratorios, la urbanización y la expansión educativa [que] tendrían como consecuencia la conversión de Franco y del falangismo en anacronismos históricos».⁹

Las tensiones en la escritura de Waldo de Mier son sintomáticas de todos los cambios drásticos que el país estaba experimentando. En sus textos se detecta el conflicto entre la promoción y el elogio de la modernidad y la necesidad de combatir cualquier amenaza a los valores promovidos por la autarquía. La articulación tecnócrata del progreso es injertada ideológicamente en la retórica falangista. A pesar de la «evolución» de Waldo de Mier, *España cambia de piel* a veces remite a esa vieja retórica. Witold Gombrowicz explica bien estas transiciones históricas planteando que «cuando están a punto de terminarse ciertas costumbres padecen un tipo de esclerosis —el contenido vivo se desvanece y sólo permanece la rigidez de la *forma pura*». La novela *Fiestas* (1957) de Juan Goytisolo captura esa transición

6 *Myth and History*, p. 55.

7 P. PRESTON, *Franco: «Caudillo de España»*, Grijalbo, 1994, Barcelona, p. 818, citado en adelante como *Franco*.

8 *Franco*, p. 665. Para un recuento más detallado de los cambios de gabinete de 1957, ver el capítulo «Aprendiendo a delegar: *Homo Ludens*, 1956-1960» (pp. 816-851) de este libro.

9 *Franco*, p. 828.

de una época a otra: «la fachada era de ladrillo sin revoque y se cuarteaba ligeramente hacia el terrado. Al final de la guerra habían inscrito en ella una leyenda: POR EL IMPERIO HACIA DIOS, en gruesos caracteres negros, pero el calor y las lluvias la habían desfigurado. Ahora lucía un cartel flamante: BEBA COCA-COLA, que anunciaba una hermosa mujer de pelo rubio y cara sonrosada».¹⁰ Estas dos cosmovisiones (una marcada por Dios y la otra por Coca-Cola) afectaban todos los aspectos de la sociedad española y coexistieron tumultuosamente a lo largo del período intermedio del régimen y los primeros años del desarrollo.

Los textos de Waldo de Mier, imbuidos de contradicciones, llaman la atención por estar atrapados entre dos epistemes, como síntomas de los tiempos cambiantes. Además de epitomizar los cambios que afectaban a la sociedad española, Waldo de Mier también pertenece a la larga tradición de pensadores totalmente absortos por España y por la preocupación del «atraso» español y su modernidad tardía. Los escritores de la Generación del 98 y las ideas de Ortega y Gasset formaban la base de este debate. El *problema español* «monopolizaba la discusión política en las primeras dos décadas del régimen de Franco».¹¹ Pedro Laín Entralgo y Rafael Calvo Serer fueron los dos antagonistas principales en este debate de los años de la posguerra. El primero postulaba que «los problemas que los escritores del 98 han diagnosticado aún estaban por resolverse» y el segundo «insistía —en respuesta a Laín Entralgo— que cualquier problema que España pudo haber tenido había sido resuelto por la Guerra Civil».¹²

Mientras muchos intelectuales propusieron la «europeización» como la solución al *problema español*, otros declararon que «España siempre mantuvo el derecho de vivir al margen de la Europa industrializada y científica,» afirmando que «los españoles tienen una vocación espiritual innata para la pobreza».¹³ Waldo de Mier abogó por una España *europea* e industrial y fue tajante en la lucha que él mismo definía como «modernismo contra ñoñez.» El título mismo, *España cambia de piel*, es extremadamente sugerente de cambio y transformación. El propósito del libro fue disipar la imagen de «una España con brujas y bandoleros, con molinos de viento y castillos en España, o sea [...] una patria fatasmagórica, ni siquiera rural, anquilosada en el pus, en el piojo, en la sangre de chafarrinón, en la prehistórica edad primaria del universo» y reemplazarla con una España efervescente, móvil, vital y dinámica

10 J. GOYTISOLO, *Fiestas*, Destino, Barcelona, 1957, p. 39.

11 *Myth and History*, p. 56. Obviamente, este debate lo precede, pero Ortega fue una figura crucial para Waldo de Mier en su conceptualización del *problema español*.

12 *Myth and History*, p. 56.

13 *Myth and History*, pp. 62, 59.

que era aún desconocida para el mundo occidental.¹⁴ La metáfora aparece desde el prefacio:

«[...] hay una España dinamiqúisima, centrífuga, bullente; porque los toledanos ya no beben el agua metífica del Tajo, ni los granadinos el agua con sortilegio con bacterias de los pozos de la Alhambra, sino aguas alumbradas constantemente, claras, cristalinas. Aguas de manantial, aguas que cambian a cada instante de piel.»¹⁵

Al codificar el «problema español» en tropos de salud, enfermedad, inmovilidad y movimiento, Waldo de Mier defiende la España de aguas cristalinas y reemplaza de este modo la nación bullente de bacterias. Sin embargo, en *España cambia de piel*, la noción según la cual la victoria de los nacionales había curado a España de la *enfermedad* de la historia, a través de un retorno inmóvil a los orígenes y la restauración de una unidad orgánica mítica, se ve reconstituida por medio de tropos de movilidad.

Waldo de Mier postula una nueva España contraria a la vieja: una España de «botas deportivas de goma» que reemplace a la España de *alpargata*; una España de San INI Batallador (Instituto Nacional de Industria) que deje atrás a los viejos santos de la España subdesarrollada. Asimismo se dedica de lleno a modernizar la imagen de los campesinos: al defender el abandono de la boina tradicional, promueve al campesino que «instala radio en su casa, la inunda de luz; viaja, va al fútbol, entra en los bares de la capital, no ya como un palurdo, sino como un habituado; se compra gabardinas, trajes de color, relegando el negro tradicional de todos los campesinos españoles».¹⁶ Esta visión encaja en «el proyecto liberal de construcción de la nación que pretende incorporar a la población rural en el Estado moderno».¹⁷

Alejándose de conceptos como destino esencial, totalidad orgánica, retorno mítico y trágico y lúgubre espíritu nacional, Waldo de Mier describe una España que es como el *Angelus Novus* de Klee «irresistiblemente impulsado hacia el futuro [...] por la tormenta que llamamos progreso».¹⁸ Waldo de

14 *España cambia de piel*, I, p. xiii.

15 *España cambia de piel*, I, p. xv.

16 *España cambia de piel*, I, p. 146. Waldo de Mier añade: «[Los campesinos] han aprendido a saber vivir, a gastar, a ir al cine, a comprar novelas de F.B.I. y novelas rosa con portadas policromadas» (I, p. 9) y «[visité] los pueblos donde hasta las 'paisanas' andan ya con *shorts* en verano y saben beber *gin-fizz*» (I, p. 8).

17 H. GRAHAM Y J. LABANYI, «Culture and Modernity: The Case of Spain», en H. GRAHAM Y J. LABANYI, (eds.), *Spanish Cultural Studies. An Introduction: The Struggle for Modernity*, Oxford University Press, Oxford, 1995, p. 6.

18 W. BENJAMIN, «Theses on the Philosophy of History», en *Illuminations*, Schocken, New York, 1969, pp. 257-248. A diferencia del ambiguo «Angelus Novus» de Benjamin, el de Waldo de Mier nunca se voltea hacia el pasado.

Mier, incluso, vislumbra el paisaje español como «el Far-West de todos los españoles, la Tierra Prometida, el Nuevo Mundo para nosotros mismos». ¹⁹ Es también la España, como observa García Serrano, «que ya huele a petróleo.» En tal espíritu de optimismo y fe en la modernización, *España cambia de piel* abarca los incipientes signos del desarrollo económico: desde la integración del mercado, inversión extranjera directa y las relaciones de intercambio comerciales con Europa y con Estados Unidos, hasta la industrialización masiva, el desarrollo de la industria automotriz y la creciente movilidad.

La publicación de *España cambia de piel* corresponde a la apertura de la economía española. La política de la Guerra Fría contribuyó en gran medida a terminar el aislamiento y facilitó la entrada de España a varias alianzas internacionales. La legitimación del régimen dictatorial comenzó entre principios y mediados de los cincuenta, desde que España fue admitida a la UNESCO (17 de noviembre de 1952), pasando por el Concordato con el Vaticano (27 de agosto de 1953) y hasta su admisión en las Naciones Unidas (diciembre de 1955). Al dejar atrás ideas como «No queremos el progreso, el romántico y liberal, capitalista y burgués, judío, protestante, ateo y masón progreso yanqui», Waldo de Mier, significativamente, viaja por la España del desarrollo, acompañado de una pareja norteamericana, Denis y Alice Moore. ²⁰ Waldo de Mier, ante el asombro de esta pareja ante el progreso español, alardea, diciendo: «si sumara sus Wonderful, What a nice thing y Marvelous, los contaría por centenares». ²¹ Así, la versión de 1954 de *España cambia de piel* también hace hincapié sobre el cambio vertiginoso en las relaciones con EEUU como modelo de desarrollo e industrialización. Los títulos de las secciones por sí mismos parecen proponerse como testigos del cambio: Vigo es el «San Francisco de California español,» El Castro es «The little Manhattan;» la Playa de San Lorenzo es rebautizada Miami, Barcelona es «la Detroit española,» y el matadero de Lugo es «de proporciones chicaguescas.»

Waldo de Mier quedó tan fascinado por su metáfora, que 10 años más tarde, «con su pierna ortopédica de lisiado» visita nuevamente los lugares descritos en su primer libro y titula su nuevo libro, una vez más, *España cambia de piel* (subtitulado *Nuevo viaje por la «España del Milagro»*). Su incapacidad física no había mermado su entusiasmo por registrar y participar en el optimismo del desarrollo incipiente. Dirigiéndose directamente a Waldo de Mier, el prefacio de Juan Aparicio exclama: «o tú, Waldo de Mier,

¹⁹ *España cambia de piel*, II, p. 77.

²⁰ La cita original es de A. CASTRO VILLACAÑAS, publicada en *La Hora*, mayo 14, 1948. Citado en C. MARTÍN GAITE, *Usos amorosos de la postguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1987, citados a partir de ahora como *Usos amorosos*.

²¹ *España cambia de piel* I, p. 34.

que con tu pierna ortopédica de mutilado [...] por allí anduviste a pie o has recorrido las provincias y los pueblos en autocar, en tren, en mulo, en carro y en bicicleta».²²

La publicación del segundo *España cambia de piel* se puede inscribir también dentro de un contexto cultural amplio. Al mismo tiempo que aparece esta nueva versión se lanza el Primer Plan de Desarrollo, elaborado por tecnócratas españoles en colaboración con el Banco Mundial. La publicación de *España cambia de piel* coincidió además con la celebración de los «25 Años de Paz». Waldo de Mier dedica el segundo libro (el «segundo» *España cambia de piel*) a su mujer «con la que también este año cumpla XXV AÑOS DE PAZ y de felicidad matrimonial», gesto indicativo de la simbiosis entre su vida personal y la vida nacional.

La celebración de los «25 años de paz» colocó en el centro de la escena a Manuel Fraga Iribarne (creador de este eslogan, y otra figura política crucial que simbolizaba el cambio): «Con su cabello corto y elegantes trajes, su estilo de persona capaz y su apariencia de ocupado empresario norteamericano». Fraga organizó la celebración como un gesto anacrónico destinado a Franco. Sin embargo, se escondía detrás su determinación real de impulsar España a una nueva era.

EL CREPÚSCULO DE LAS IDEOLOGÍAS: ASCENSO DE LA SOCIEDAD DE CONSUMO²³

A comienzo de los 50, como se ha visto, convergen las diversas fuerzas para colocar a España en el camino de la integración con los países europeos más desarrollados. Esta transición, que tuvo lugar entre las dos «versiones» de *España cambia de piel* fue adecuadamente bautizada *el decenio bisagra*.²⁴ El término refleja el cambio de la frugalidad, las restricciones, el ahorro y el racionamiento (de la postguerra) al surgimiento de nuevos productos de consumo y conceptos que inundan el mercado: «*apartamento, televisor, lavadora, financiación y aparcar*», neologismos que justo entonces fueron admitidos por el Diccionario de la Real Academia Española.²⁵

Lo que me interesa destacar aquí es la transformación entre el fin de la autarquía y la escasez de la postguerra, y el comienzo de una fijación con el consumo. Esta transición se concreta en la revisión de la retórica del régimen

22 *España cambia de piel*, I, p. xi.

23 G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *El crepúsculo de ideologías*, Ediciones Rialp, Madrid, 1965.

24 Cf. J.L. GARCÍA DELGADO, «Estancamiento industrial e intervencionismo económico durante el primer franquismo», en J. FONTANA (ed.), *España bajo el franquismo*, Editorial Crítica, Barcelona, 1986.

25 A. SÁNCHEZ VIDAL, *Sol y sombra*, Editorial Planeta, Barcelona, 1990, p. 156.

que dio un giro hacia el «progreso» (la mutación tecnocrática de la ideología nacional), fenómeno ya visto en la obra de Waldo de Mier. La autarquía fue un elemento de la retórica franquista, en la cual el aislamiento internacional de España durante los años cuarenta fue adoptado y afirmado como una retórica cultural de autosuficiencia y autonomía. Esta retórica fue sostenida, entre otras estrategias, por la insistencia en la superioridad del «bendito atraso» de España.²⁶ La aceptación del capitalismo tardío se da en paralelo al creciente anacronismo del falangismo. La tradición de asumir la postura moral del bendito atraso fue reemplazada por el objetivo más mundano de ponerse al nivel de la economía occidental.

El orgullo del atraso se convierte en la *modernización del atraso*. Los tecnócratas tuvieron un papel central en esta transformación, ofreciendo un aparente compromiso de demandas contradictorias entre la autarquía y la liberalización. Varios de estos tecnócratas eran miembros del Opus Dei, organización dedicada a «la santificación del mundo secular. Según los líderes y fundadores de esta organización, la labor de diseminar valores espirituales [era] más eficaz a través de profesiones destacadas de la sociedad industrial, tales como la enseñanza universitaria, negocios, finanzas y altos niveles de administración».²⁷ Laureano López Rodó estimaba que la integración de España a la dinámica economía europea necesariamente tendría consecuencias políticas en España y «sus puntos de vista fueron resumidos en una frase, erróneamente atribuida a él, según la cual sólo cuando la renta *per capita* alcanzara en España los 1.000 dólares anuales, podría haber democratización».²⁸

La afirmación que conectaba el incremento del poder adquisitivo y el desarrollo de la sociedad de consumo al cambio político, era obviamente errónea, puesto que la democratización y los cambios en las estructuras políticas sólo ocurrieron después de la muerte de Franco. Sin embargo, la aseveración de López Rodó es interesante, ya que refleja una tendencia global europea: la fe en la modernización que se intensifica justamente en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial (este fenómeno se percibe también en el optimismo de Waldo de Mier por la España del milagro). Este fervor desarrollista y modernizador fue respaldado por la ‘teoría de la modernización’ post-1945, «que emergió de la inesperadamente exitosa reconstrucción y expansión del occidente capitalista en el período posterior a la Segunda Gue-

26 «Bendito atraso» es el título del primer capítulo de *Usos amorosos de la postguerra española* de C. MARTÍN GAITE, cit.

27 S. G. PAYNE, *The Franco Regime, 1936-1975*, University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1987, pp. 437-438.

28 *Franco*, p. 868.

rra Mundial».²⁹ La aceptación tecnócrata de la teoría de la modernización es parte de una tendencia compartida por otros ideólogos de este período, como Gonzalo Fernández de la Mora, quien anuncia, como se refleja en el título de su libro de 1965 *El crepúsculo de las ideologías*, que el progreso anularía todas las tensiones políticas, que todas las ideologías se convertirían en obsoletas y serían sustituidas por planes gubernamentales técnicos y económicos. La democratización que sugiere López Rodó, a través del incremento del poder adquisitivo, congeniaba con el anuncio del crepúsculo de las ideologías de Fernández de la Mora: «De la política como arte y como retórica vamos a la política como ciencia y como técnica. Y cuanto no se inserta en esta línea, que es la del progreso y la de la vida, será remora y anacronismo. Se acerca la jubilación del ideólogo retoricista. Se imponen los expertos».³⁰ Entonces la figura del político se convierte en superflua ya que «[al] político se [le] ha despojado de su *'atrezzo'* altisonante y enfático, para tratar de convertir[lo] en un gerente modesto y eficaz».³¹

El fervor de la tecnocratización y modernización es altamente problemático, ya que, «en vez de ser vista como un marco conceptual para la interpretación de un período específico del desarrollo occidental, la modernización es presentada como algo que transformará al mundo no-europeo, a la imagen de la sociedad contemporánea europea occidental y norteamericana (lejos de ser ellas mismas sociedades y culturas homogéneas), y por medio del cual la historia implícitamente terminará».³² Esta insistencia en la supremacía tecnocrática y la profecía del fin de la ideología fue irónicamente redundante en una dictadura que oficialmente no permitía ninguna diversidad política. También apunta a una interesante contradicción en el corazón de la dictadura: el intento de modernización sin democratización ni modernidad.

Sin embargo, como señalan Helen Graham y Jo Labanyi «la meta del Franquismo de asegurar la permanente separación entre la modernidad cultural y política del proceso de modernización fue finalmente inalcanzable».³³ Ser dueño de un automóvil, de un televisor, así como la posibilidad de salir de vacaciones, marcan las vertientes de un cambio profundo en los modos de transporte, comunicación, organización del tiempo libre, relaciones entre géneros, y otros, así como la disponibilidad de los artículos de consumo masivo, alteraron de manera definitiva la vida cotidiana. A pesar de que el proyecto modernizador de los tecnócratas de mediados de los 50, es una con-

29 H. GRAHAM Y J. LABANYI, «Culture and Modernity: The Case of Spain», cit., p. 10.

30 G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, o. c., p. 120.

31 Ibidem, p. 52.

32 H. GRAHAM Y J. LABANYI, o. c., p. 10.

33 Ibidem.

tinuación en la línea de los proyectos modernizadores, los cuales «han usado una retórica pseudo-universal, cuando en realidad privilegiaban a grupos, razas y clases dominantes [...]» la fuerza y la importancia de la sociedad de consumo y su contribución a los cambios sociales no pueden ser negadas.³⁴ El desarrollo económico y el modo de vida consumista, que llegó a ser parte integral de la cultura española, trajo consigo una serie de cambios complejos y ambiguos; mientras el movimiento hacia la modernidad/modernización fue inexorable, también fue problemático y requería de un continuo proceso de negociación y pugna.

El fervor por los modelos de modernización fue reflejado en un nivel social por el completo abandono a la obsesión consumista. Sin embargo, el consumidor español olvidaba que el paraíso consumista, con su promesa de abundancia capitalista, frecuentemente se convertía en «el regalo de oro que se transforma en excremento» («the gift of gold that turns into shit»). La obsesión por los nuevos placeres materiales y la adquisición de nuevos productos que inundaban el mercado resulta chocante cuando se la contrasta con el énfasis en la frugalidad, las restricciones, el ahorro y las escaseces de la década anterior, así como con el *bendito atraso* y «la vocación espiritual innata para la pobreza». La vehemencia de Waldo de Mier al abogar por el progreso económico, las profecías de varios «fines» discutidos con anterioridad, así como el auge de la producción masiva de productos novedosos, fueron tan sólo algunos de los fenómenos localizados en el núcleo de una sociedad cambiante, orientada cada vez más y más hacia valores consumistas. Estos fenómenos ayudan a ilustrar el paso tambaleante de España a una etapa avanzada del capitalismo a finales de los años cincuenta, junto con una crisis de sentido y una búsqueda de nuevos parámetros, ambas marcadas por el abandono del discurso nacional-católico (con su retórica del destino, la esencia, y demás).

Al mismo tiempo, los temas de esta cultura española emergente se volvieron más móviles, el espacio más permeable y la presión del progreso se hizo imparable. Este período transicional fue también el comienzo de la amplia movilidad de recursos humanos hacia y desde España: la rápidamente creciente industria turística y la emigración española a Europa del norte que dejaron huellas profundas en la cultura española de esos años. La emergencia de la industria del turismo coincidió con la firma de acuerdos bilaterales de inmigración con Suiza, Alemania y Francia. La emigración y el turismo estaban relacionados también con uno de los artefactos más representativos de la modernidad: el automóvil, un fenómeno masivo en España desde mediados de los 50; una máquina que garantizaba una ilimitada movilidad personal y

34 Ibidem, p. 11.

familiar, un sueño vuelto mercancía de la libertad personal. Los autos eran inseparables del «progreso» y la modernización. De manera típicamente profética Waldo de Mier escribió que «una población con automóviles sin rasponazos ni abolladuras es una población subdesarrollada,» agregando que ahora que «los españoles han descubierto el placer de ir sobre ruedas, caminar se hace como dura obligación o deporte».³⁵ Esa rápida motorización del país, junto con los frecuentes cruces de fronteras, indican un momento turbulento en la modernidad española en el que los espacios se caracterizaban más por la movilidad que por la residencia estática.

En medio de esa nación móvil, «el reino de la cantidad», la profecía del «fin», la locura del consumo, los concursos, coches, lavadoras y televisores, Franco mostró una creciente incapacidad en adaptarse a los rápidos cambios de su propio régimen; «presidía una maquinaria cuyo funcionamiento interno se estaba convirtiendo en un misterio para él».³⁶ En su discurso de fin de año en 1961 «se había descrito a sí mismo como el capitán del barco de España y al pueblo como a la ‘tripulación y los beneficiarios’ de su rectitud, virtudes y destrezas de navegante».³⁷ Pero como lo indicó Preston, «hacia dónde estaba dirigiendo España el navegante, era lo que no estaba claro».³⁸

35 *España cambia de piel*, II, p. 122.

36 *Franco*, p. 856.

37 *Franco*, p. 866.

38 *Franco*, p. 866.

